

LOS RIFLES DE SHARPE

BERNARD CORNWELL

LOS RIFLES DE SHARPE

Richard Sharpe y la batalla de La Coruña
Enero de 1809

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Rifles*

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición: enero de 2021

© Bernard Cornwell, 1988
© de la traducción: Montse Batista, 2009
© de la presente edición: Edhasa, 2009, 2021
Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6374-6

Impreso en Black Print CPI

Depósito legal: B. 20891-2020

Impreso en España

Para Carolyn Ryan

PREFACIO

Ésta fue la primera «precuela» que escribí para la serie de Sharpe, cosa que había jurado no hacer. Mi primera intención fue dejar que las historias fluyeran sin contratiempos (para mí, aunque no para Sharpe) desde la batalla de Talavera en 1809 hasta Waterloo en 1815. Pero entonces, en 1987, unos magníficos productores de televisión me preguntaron si no podría proporcionarles una nueva historia con la que iniciar la serie que ellos preparaban. No se trataba de una petición tan quijotesca como pensé en un principio, pues resultó que uno de los inversores de la serie era una empresa española y los productores, con toda la razón, querían una historia en la que un español desempeñara un papel destacado. Su petición era al mismo tiempo un reproche dirigido a mí, pues las novelas de Sharpe tienden a dar la impresión de que los franceses fueron derrotados en España únicamente por el ejército británico; pero, aunque sus logros fueron magníficos, dicho ejército nunca podría haber vencido sin la ayuda de las fuerzas españolas y portuguesas y, por supuesto, de las guerrillas.

Así pues, debidamente reprendido, me puse a trabajar y escribí *Los Rifles de Sharpe*, que se convirtió en el primero de los programas de Carlton Television. La historia

se desarrolla en 1809, unos cuantos meses antes de *Sharpe y el águila del imperio*, en una época en la que la suerte de los británicos en la Península pasaba por su peor momento. Se había enviado a España un pequeño ejército expedicionario comandado por sir John Moore para cortar las líneas de suministro francesas. Los franceses, que al principio estaban dirigidos por el mismísimo Napoleón, lo atacaron con furia y Moore, ampliamente superado en número, se vio obligado a retirarse a las montañas gallegas. Ésta fue la famosa, o infame, retirada a La Coruña, una marcha de tres semanas por terreno montañoso con un clima espantoso. Muchas unidades perdieron la cohesión, pero la retaguardia, medio congelada y muerta de hambre, se las arregló para proteger al ejército hasta que éste llegó al puerto de La Coruña; allí Moore presentó batalla para dar tiempo a sus hombres a embarcar en las naves que los pondrían a salvo de vuelta a Inglaterra. La batalla se ganó, aunque a Moore le costó la vida, de modo que el ejército se salvó tras una terrible experiencia.

Estuve muy tentado de hacer que Sharpe se retirara con Moore hasta La Coruña, puesto que se trata de un episodio dramático de la historia militar, pero ello hubiese implicado que, después de la batalla, tuviera que embarcarse rumbo a Inglaterra, lo cual hacía muy poco probable su regreso a la Península a tiempo para participar en la batalla de Talavera. Así pues, en lugar de luchar en La Coruña, Sharpe se incorporó al pequeño número de soldados británicos que se separaron del grueso de la retirada y se replegaron hacia Portugal. En realidad, Sharpe se pierde durante la retirada de Moore y sigue perdido el resto de la guerra porque no vuelve a reunirse con su que-

rido 95° de Rifles. Es una lástima, pues se podría escribir una magnífica serie de novelas sobre las hazañas de una compañía de fusileros en las guerras de Wellington, pero si hubiera adscrito a Sharpe a una verdadera unidad como el 95° me habría visto limitado a describir únicamente las acciones en las que combatió dicho regimiento. Los fusileros no estuvieron en Talavera y yo quería que Sharpe se encontrara allí, de modo que lo uní a un ficticio regimiento de casacas rojas. Se trataba de una circunstancia muy poco probable; de hecho, dudo que sucediera alguna vez, pero el pobre Sharpe está condenado a los caprichos de su creador y, para proporcionarle la flexibilidad de estar en todos los asedios y batallas posibles, era necesario hacer de él una bala perdida. Es en este libro cuando se dispara.

Éste también es el libro en el que Sharpe conoce al hombre destinado a ser su amigo más íntimo: Patrick Harper. Algunos lectores han estado tentados de ver una simetría en sus nombres que podrían refundirse en Sharper, pero no fue ésa mi intención. A Sharpe lo llamé así por el jugador de rugby inglés Richard Sharp, y a Harper le di el nombre y las características de un amigo mío de Belfast. Es un hombre que conviene tener a tu lado en una pelea, tal como Sharpe está a punto de descubrir.

PRÓLOGO

El botín era un arcón.

Un comandante español hacía lo imposible por salvar el arcón que un coronel de *chasseurs* de la Guardia Imperial de Napoleón había ordenado capturar. Al francés le habían dado carta blanca para realizar la tarea; podía destruir o matar todo aquello que le supusiera un obstáculo.

El arcón era un baúl fabricado con una madera tan antigua que parecía carbón de tan negra y reluciente, rodeada por dos bandas de hierro que, aunque picadas de un óxido antiguo, seguían siendo fuertes. El viejo baúl medía unos sesenta centímetros de largo, cuarenta y cinco de ancho y otros tantos de alto. Lo cerraban dos hembrillas aseguradas con candados metálicos. La unión entre la tapa curva y el cuerpo del baúl estaba lacrada con sellos rojos, algunos tan antiguos que no eran más que pedacitos de cera incrustados en el grano de la vieja madera. La caja había sido forrada con una tela impermeabilizada para protegerla de la intemperie, o más bien para proteger el destino de España que se hallaba oculto en su interior.

El segundo día del año 1809, el coronel de *chasseurs* estuvo a punto de capturar el arcón. Le habían abastecido con un regimiento de dragones franceses que alcanzaron

a los españoles cerca de la ciudad de León. Los españoles escaparon trepando por las altas montañas, obligados a abandonar sus caballos; ninguno hubiera sido capaz de ascender los empinados senderos de hielo resbaladizo donde el comandante Blas Vivar buscó refugio.

Era invierno, el peor invierno que se recordaba en España, y el peor momento para hallarse en las montañas del norte del país, pero los franceses no le habían dejado otra alternativa. Los ejércitos de Napoleón habían tomado Madrid en diciembre y Blas Vivar había huido con el arcón apenas una hora antes de que los jinetes enemigos entraran en la capital. Había cabalgado en compañía de ciento diez cazadores, soldados a caballo armados con una espada de hoja recta y una carabina de cañón corto. Sin embargo, los cazadores se convirtieron en presa fácil cuando, en un viaje de pesadilla a través de España, Vivar avanzó serpenteando y cambiando de rumbo para evitar a sus perseguidores. Había albergado la esperanza de encontrarse a resguardo con el ejército del norte del general Romana; pero, sólo dos días antes de que los dragones los obligaran a adentrarse en las montañas, Romana había sido derrotado. Entonces Vivar se quedó solo, encallado en las montañas con sólo noventa hombres. Los demás habían muerto.

Habían muerto por el arcón que los supervivientes transportaban a través de una campiña helada. La nieve se acumulaba en los senderos. Los deshielos sólo se producían por la lluvia frecuente; unos chaparrones incesantes que convertían los caminos de montaña en barro que se helaba y endurecía en las largas noches. La congelación diezmó a los cazadores. Cuando el frío era más intenso los

supervivientes se refugiaban en cuevas o en abandonados edificios agrícolas.

En un día así, en el que el viento traía consigo una arisca nevada del oeste, los hombres de Vivar permanecían encorvados en el mísero refugio de un estrecho barranco situado en la cima de una montaña. Blas Vivar estaba tendido al borde del barranco y miraba el valle con un largo catalejo. Miraba al enemigo.

Los capotes pardos ocultaban las casacas de color verde pálido de los dragones franceses. Éstos habían seguido a Vivar cada kilómetro de su arduo viaje y, mientras él avanzaba con dificultad por las tierras altas, ellos cabalgaban por los valles donde había carreteras, puentes y refugio. Algunos días el mal tiempo detenía a los franceses y Vivar suponía que los había despistado, pero cuando la nieve amainaba unas horas aquellas temidas formas reaparecían. En aquel momento, tendido bajo el viento gélido, Vivar veía a los jinetes enemigos desmontando en un pequeño pueblo situado al fondo del valle. Los franceses tendrían fuego y comida en el pueblo, sus caballos cobijo y heno, en tanto que los hombres de Vivar sollozaban por el frío que azotaba la ladera.

—¿Están ahí? —El teniente Dávila, segundo al mando de Vivar, subía por el barranco.

—Ahí están.

—¿El *chasseur*?

—Sí. —Vivar veía a dos jinetes en una calle del pueblo. Uno era el coronel de *chasseurs* de la Guardia Imperial, con su llamativa pelliza escarlata, el pantalón verde oscuro y el colbac, un gorro redondo hecho de denso pelo negro. El otro no llevaban uniforme; iba vestido con una negra cha-

queta de montar entallada y botas blancas. Vivar temía al jinete de chaqueta negra más de lo que temía al *chasseur*, pues era él quien guiaba a los dragones en su persecución. El hombre de chaqueta negra sabía adónde se dirigía Blas Vivar, sabía dónde podía detenerle y conocía el poder del objeto que contenía el arcón con bandas de hierro.

El teniente Dávila se agachó en la nieve al lado de Vivar. Ninguno de los dos parecía un soldado. Iban arrebujados en unos capotes confeccionados con arpillera corriente. Llevaban el rostro, las botas y las manos envueltos con trapos. No obstante, bajo sus capotes improvisados vestían el uniforme escarlata de una compañía de cazadores de élite y todos eran tan duros y eficientes como cualquiera que luchara en las guerras francesas.

Dávila le tomó prestado el catalejo a Vivar y miró hacia el valle. La ventisca emborronaba la visión, pero pudo distinguir la mancha escarlata de la pelliza que colgaba del hombro derecho del *chasseur*.

–¿Por qué no lleva capote? –refunfuñó.

–Está demostrando lo fuerte que es –dijo Vivar corriendo.

Dávila movió el catalejo y vio que llegaban más dragones al pueblo. Algunos guiaban caballos que renqueaban. Todos llevaban espadas y carabinas.

–Creía que los habíamos despistado –comentó con tristeza.

–No los despistaremos hasta que no hayamos enterrado al último de ellos. –Vivar se deslizó para alejarse de la línea del horizonte. Tenía el rostro curtido por el sol y el viento, un rostro pugnaz que parecería tosco de no ser por unos ojos oscuros que brillaban con humor y

entendimiento. Unos ojos que, enrojecidos, observaban a sus hombres, que temblaban en el barranco angosto—. ¿Cuánta comida nos queda?

—Suficiente para dos días.

—Si no supiera que no es así —la voz de Vivar apenas resultaba audible por encima del sonido del viento—, pensaría que Dios ha abandonado a España.

El teniente Dávila no dijo nada. Una ráfaga de viento arrastró la nieve de la cima y la arremolinó en una nube relumbrante por encima de sus cabezas. Los franceses, pensó con amargura, estarían robando comida, leña y mujeres en el valle. Los niños gritarían. A los hombres del pueblo los torturarían para que revelaran si habían visto a un grupo de cazadores andrajosos que acarrearaban un arcón. Ellos negarían sinceramente haberlos visto, pero los franceses los matarían igualmente y el hombre de chaqueta negra y botas blancas lo observaría todo sin que cruzara por su rostro ningún indicio de emoción. Dávila cerró los ojos. Él no había conocido el odio hasta que comenzó aquella guerra y ahora no sabía si algún día conseguiría erradicarlo de su alma.

—Nos separaremos —dijo Vivar de pronto.

—¿Don Blas? —Dávila, que tenía la cabeza en otra parte, no lo había entendido bien.

—Yo me llevaré el arcón y ochenta hombres —siguió diciendo Vivar con lentitud— y usted esperará aquí con los demás. Cuando nos hayamos ido, y cuando los franceses se hayan ido, usted se dirigirá hacia el sur. No se moverá de aquí hasta que no esté seguro de que el valle está vacío. Ese *chasseur* es muy listo y puede que ya haya adivinado lo que estoy pensando. De manera que usted espere, Diego.

Espere hasta que esté seguro, y luego deje pasar un día más. ¿Lo ha entendido?

–Lo he entendido.

A pesar del terrible cansancio y del frío que se filtraba hasta los huesos, Vivar encontró un poco de entusiasmo para conferir esperanza a sus palabras.

–Vaya hasta Orense, Diego, y vea si quedan allí algunos de nuestros hombres. ¡Dígales que los necesito! Dígales que necesito soldados y caballos. Lleve a esos hombres y caballos a Santiago y, si no estoy allí, cabalgue hacia el este hasta encontrarme.

Dávila asintió con la cabeza. Se planteaba una pregunta obvia, pero no pudo hablar.

Vivar lo entendió de todos modos.

–Si los franceses consiguen el arcón –dijo en tono sombrío–, ya se enterará. Pregondrán a los cuatro vientos su captura por toda España, Diego, y usted se enterará porque la guerra estará perdida.

Dávila se estremeció bajo su capote andrajoso.

–Si va hacia el oeste, don Blas, quizás encuentre a los británicos, ¿no?

Vivar escupió para expresar la opinión que le merecía el ejército británico.

–Ellos le ayudarían, ¿no? –insistió Dávila.

–¿Usted confiaría a los ingleses el contenido del arcón? Dávila consideró su respuesta y se encogió de hombros.

–No.

Vivar avanzó hacia la cima y miró el pueblo.

–Quizás esos demonios se encontrarán con los británicos. Entonces una de esas manadas de bárbaros puede matar a la otra. –Se estremeció de frío–. Si tuviera hom-

bres suficientes, Diego, llenaría el infierno con las almas de esos franceses. Pero no tengo hombres suficientes. ¡De modo que vaya a traérmelos!

—Lo intentaré, don Blas. —Dávila no se atrevió a prometer nada más, pues ningún español podía sentirse esperanzado en aquellos primeros días de 1809. El rey de España se hallaba prisionero en Francia y el hermano del emperador francés había sido entronizado en Madrid. Los ejércitos de España, que tan magnífico desafío habían demostrado el año anterior, habían sido aplastados por Napoleón; y el ejército británico, enviado allí para ayudarles, estaba siendo acosado de manera ignominiosa hacia el mar. Lo único que le quedaba a España eran fragmentos de sus ejércitos, el desafío orgulloso de sus gentes y el arcón.

A la mañana siguiente los hombres de Vivar se llevaron el arcón hacia el oeste. El teniente Dávila observó cómo los dragones franceses ensillaban sus caballos y abandonaban el pueblo saqueado del que se alzaba el humo hacia un cielo frío. Quizá los dragones no supieran dónde se encontraba Blas Vivar, pero el hombre de chaqueta negra y botas blancas sabía exactamente adónde se dirigía el comandante, de modo que los franceses obligaron a sus caballos a marchar en dirección oeste. Dávila esperó un día entero; luego, bajo un aguacero que enfangaba la nieve y llenaba los caminos de barro espeso, emprendió el camino hacia el sur.

Los cazadores y la presa volvían a avanzar, abriéndose camino lentamente por una tierra ventosa, y la presa buscaba el milagro que podría salvar a España y convertir la derrota en una victoria gloriosa.

CAPÍTULO 1

Más de un centenar de hombres quedaron abandonados en el pueblo. No se podía hacer nada por ellos. Estaban borrachos. Una veintena de mujeres se unieron a ellos. Ellas también estaban borrachas.

No sólo estaban ebrios, sino también inconscientes. Los hombres habían irrumpido en el almacén de una taberna y habían encontrado grandes barriles con la cosecha del año anterior que atenuaron su sufrimiento. En aquella hora, en un amanecer gris, yacían por el pueblo como víctimas de una plaga.

Los borrachos eran casacas rojas. Se habían alistado en el ejército británico por los delitos cometidos o por desesperación, y porque el ejército les daba un tercio de pinta de ron al día. La pasada noche habían hallado el paraíso en una mísera taberna de un mísero pueblo español en una mísera carretera de sílex que conducía al mar. Se habían emborrachado, y ahora iban a dejarlos a merced de los franceses.

Un teniente alto que llevaba la casaca verde del 95° de Rifles se movió entre los cuerpos tendidos en el patio del establo de la taberna saqueada. Él no estaba interesado en los borrachos aturdidos, sino en unos cajones de embala-

je que se habían sacado de una carreta tirada por bueyes para hacer espacio a los soldados heridos y congelados. Esos cajones, como otras muchas cosas que el ejército ya no podía acarrear por falta de fuerzas, iban a dejarse allí para los franceses que los perseguían, pero el teniente había descubierto que contenían munición de rifle. La estaba recuperando. Ya había llenado las mochilas y bolsas de su batallón con tantos de aquellos valiosos cartuchos como podían llevar los fusileros; en aquel momento, él y otro soldado seguían metiendo munición en las alforjas de la última mula del batallón.

El fusilero Cooper terminó la tarea y contempló los cajones que quedaban.

—¿Qué hacemos con ellos, señor?

—Quémenlos todos.

—¡Joder! —Cooper soltó una breve risa y luego señaló a los borrachos que había en el patio—. ¡Los va a matar!

—Si no lo hacemos nosotros lo harán los franceses. —El teniente tenía una cicatriz oblicua en la mejilla izquierda que daba a su rostro un aspecto inquietantemente salvaje—. ¿Quiere que los franceses empiecen a matarnos con nuestra propia pólvora?

A Cooper no le importaba demasiado lo que hicieran los franceses. En aquellos momentos lo que le importaba era una chica ebria que estaba tendida en un rincón del patio.

—Es una lástima que la matemos, señor. Es una monada.

—Déjela para los franceses.

Cooper se agachó para rasgar de un tirón el corpiño de la muchacha y dejar al descubierto sus senos. Ella se

movió al notar el aire frío, pero no se despertó. Tenía los cabellos manchados de vómito y el vestido de vino, pero aun así era hermosa. Quizá tuviera quince o dieciséis años; se había casado con un soldado y lo había seguido a la guerra. Ahora estaba borracha y los franceses la tomarían.

–¡Despierta! –exclamó él.

–¡Déjela! –El teniente no pudo resistirse a cruzar el patio para mirar la desnudez de la chica–. Zorra estúpida –dijo agriamente.

Un comandante apareció en la entrada del patio.

–¿Intendente?

El teniente se dio media vuelta.

–¿Señor?

El comandante tenía un bigote pequeño e hirsuto y una expresión malévola.

–Cuando haya terminado de desnudar mujeres, intendente, quizá tendría la amabilidad de reunirse con los demás, ¿eh?

–Antes iba a quemar estos cajones, señor.

–¡A la mierda los cajones, intendente! ¡Dese prisa!

–Sí, señor.

–A menos que prefiera quedarse aquí. Dudo que el ejército lo echara de menos.

El teniente no respondió. Seis meses antes, cuando se había incorporado a aquel batallón, ningún oficial le hubiera hablado de este modo delante de los soldados, pero la retirada había agriado el humor y había sacado a la superficie los antagonismos ocultos. Hombres que normalmente se hubieran tratado con cauteloso respeto o incluso con forzada cordialidad ahora saltaban como perros rabiosos. Y el comandante Warren Dunnett odiaba al in-

tendente. Era un odio furibundo, irracional y devorador y la molesta reacción del intendente era hacerle caso omiso. Esto, sumado a su aire de competencia, podía provocar una ira furiosa en el comandante Dunnnett.

—¿Quién se cree que es, por el sagrado nombre de Cristo? —El comandante estalló frente al capitán Murray a la puerta de la taberna—. ¿Acaso piensa que todo el maldito ejército lo esperará?

—Él sólo está haciendo su trabajo, ¿no cree? —John Murray era un hombre afable y justo.

—No está haciendo su trabajo. Está boquiabierto mirándole las tetas a una puta —espetó Dunnnett—. Yo no lo quería en el batallón y sigo sin quererlo en el batallón. El coronel sólo lo aceptó para hacerle un favor a Willy Lawford. ¿En qué demonios se está convirtiendo este condenado ejército? ¡Es un sargento con ínfulas, Johnny! ¡Ni siquiera es un oficial de verdad! ¡Y para colmo, de los Rifles!

Murray suponía que Dunnnett le tenía envidia al intendente. No era frecuente que un hombre se alistara en el ejército británico como soldado raso y ascendiera hasta formar parte del casino de oficiales. El intendente lo había hecho. Había llevado un mosquete en las filas de casacas rojas, se había convertido en sargento y luego, como recompensa por un acto de valentía suicida en el campo de batalla, lo habían nombrado oficial. Los demás oficiales recelaban del pasado del nuevo teniente y temían que su competencia en batalla pusiera de manifiesto su propia inexperiencia. No tenían de qué preocuparse, pues el coronel había mantenido alejado de la línea de batalla al nuevo teniente convirtiéndolo en el intendente del batallón, un nombramiento basado en el principio de que

cualquiera que hubiera servido en la tropa como sargento conocería los trucos del fraudulento oficio de intendente.

Tras dejar a merced de los franceses tanto a los borrachos como la munición sobrante, el intendente salió del patio de la taberna. Empezó a llover; una lluvia fría como aguanieve que provenía del este y caía sobre los trescientos fusileros que aguardaban en la calle del pueblo. Dichos fusileros constituían la retaguardia del ejército; una retaguardia harapienta como una pantomima de la soldadesca, o como un monstruoso ejército de pordioseros. Soldados y oficiales iban envueltos en retazos de tela que habían mendigado o robado durante la marcha, las suelas de sus botas estaban sujetas con un nudoso bramante. Llevaban los rostros sin afeitar tapados con pañuelos mugrientos para protegerse del viento cortante. Sus ojos enrojecidos tenían una mirada ausente, sus mejillas estaban hundidas y el hielo blanqueaba sus cejas. Algunos soldados habían perdido el chacó y portaban sombreros de campesino de ala flexible. Su aspecto era el de una unidad derrotada y variopinta, pero seguían siendo fusileros y todos los rifles Baker tenían la llave engrasada y un pedernal de bordes afilados bien sujeto en el martillo.

El comandante Dunnnett, al mando de este medio batallón, los hizo marchar en dirección oeste. Llevaban marchando desde la víspera de Navidad y ya había transcurrido una semana del mes de enero. Iban siempre hacia el oeste, alejándose de los victoriosos franceses cuyas fuerzas abrumadoras estaban anegando España, y cada jornada de marcha era una tortura de frío, hambre y dolor. En algunos batallones había desaparecido toda disciplina y los caminos que recorrían esas unidades quedaban plagados

de cuerpos de soldados que habían perdido toda esperanza. Algunos de los muertos eran mujeres; las esposas a las que habían permitido viajar con el ejército a España. Otros eran niños. Para entonces los supervivientes se habían acostumbrado tanto al horror que podían pasar junto al cadáver congelado de un niño sin sentir nada.

No obstante, si bien el ejército se había desbaratado por las tormentas de hielo y un viento gélido que cortaba como el sable de un *chasseur*, todavía quedaban algunos soldados que marchaban en buena formación y, si se les ordenaba, se daban media vuelta para contener la persecución francesa. Se trataba de hombres duros, de buenos soldados; los de la Guardia y la Infantería Ligera, la élite del ejército de sir John Moore que había marchado hacia el centro de España para cortar las vías de suministro de Napoleón. Habían marchado esperando la victoria, pero el Emperador los había atacado de manera arrolladora y a una velocidad salvaje, de modo que ahora aquel pequeño ejército británico se batía en retirada hacia los barcos que los llevarían a casa.

Los trescientos fusileros de Dunnett parecían estar solos en un páramo helado. El grueso del ejército que se retiraba se encontraba en algún lugar delante de ellos, y en algún punto por detrás estaban los perseguidores franceses, pero el mundo de los fusileros se reducía a la mochila del soldado que tenían enfrente, a la aguanieve, a su cansancio y al dolor de sus estómagos retorcidos por el hambre.

A una hora de distancia del pueblo llegaron a un río que cruzaba un puente de piedra. La caballería británica aguardó allí al recibir la noticia de que unas cuantas piezas de artillería avanzaban a trancas y barrancas por una

pendiente situada a poco más de tres kilómetros por delante. El comandante de la caballería sugirió que los fusileros de Dunnett esperaran junto al puente.

—Denos tiempo para ayudar a los artilleros a llegar a la cima y luego regresaremos a buscarlos.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Dunnett con irritación.

—¿Una hora? No mucho más.

Los fusileros esperaron. Habían hecho eso mismo una veintena de veces en las últimas dos semanas y sin duda volverían a hacerlo veinte veces más. Eran el aguijón en la cola del ejército. Si tenían suerte aquel día no les molestaría ningún francés, aunque era probable que en algún momento de la próxima hora apareciera la vanguardia enemiga. Dicha vanguardia la constituirían soldados de caballería montados en unos animales cansados. Los franceses efectuarían un ataque de advertencia, los fusileros dispararían un par de descargas; después, como ninguno de los dos bandos contaba con ventaja, los franceses dejarían que los fusileros siguieran marchando penosamente. Así era la vida del soldado: aburrida, fría, desalentadora, y por ello morirían uno o dos fusileros y uno o dos franceses.

Los fusileros formaron por compañías para cortar el camino al oeste del puente. Temblaban y miraban fijamente al este. Los sargentos caminaban de un lado a otro por detrás de sus tropas. Los oficiales, todos los cuales habían perdido sus caballos a causa del frío, se encontraban al frente de sus compañías. Nadie hablaba. Quizás algunos soldados soñarán con los barcos de la armada que se suponía que les esperaban al final de aquella larga carretera, pero lo más probable es que no pensarán en otra cosa que el frío y el hambre.

El teniente nombrado intendente del batallón fue paseando hasta el puente y desde allí miró a través de la aguanieve hiriente que caía. En ese momento era el hombre más próximo al enemigo, el cual se encontraba a unos veinte pasos delante de la línea de casacas verdes, y eso hería el orgullo del comandante Warren Dunnnett, quien veía una implícita arrogancia en la posición elegida por el teniente.

–¡Ese desgraciado! –Dunnnett se acercó al capitán Murray y se quedó a su lado.

–Es inofensivo –repuso Murray con su afabilidad habitual.

–Es un maldito y presuntuoso don nadie.

Murray sonrió.

–Es un intendente de lo más eficaz, Warren. ¿Cuándo fue la última vez que sus hombres tuvieron tanta munición?

–Su trabajo consiste en buscarme una cama para esta noche, no en andar merodeando por aquí para demostrar lo bien que combate. ¡Mírele! –Dunnnett, como si tuviera una llaga que le picara y no pudiera dejar de rascársela, miró fijamente al intendente–. Piensa que todavía está con la tropa, ¿no es así? Campesino una vez, campesino siempre, esto es lo que yo digo. ¿Por qué lleva un rifle?

–No sabría decirle, la verdad.

El rifle era una excentricidad del intendente y resultaba impropia, pues un intendente necesitaba listas, tinta, plumas y tarjas, no un arma. Tenía que ser capaz de ir a buscar comida o de encontrar cobijo en un alojamiento al parecer abarrotado. Necesitaba tener buen olfato para percibir si la ternera estaba podrida, balanzas para pesar las raciones de harina y obstinación para resistir las depreda-

ciones de los demás intendentes. Él no necesitaba armas; sin embargo, el nuevo teniente siempre llevaba un rifle, así como su sable reglamentario. Las dos armas parecían una declaración de intenciones: que él quería combatir antes que ser intendente; sin embargo, para la mayoría de los casacas verdes dichas armas eran más bien una pretensión patética que llevaba un hombre que, fuera cual fuese su pasado, ahora no era más que un teniente envejecido.

Dunnett dio unas patadas en el suelo con sus pies fríos.

—Primero mandaré de vuelta a las compañías de flanco, Johnny. Usted puede cubrirlas.

—Sí, señor. ¿Esperamos a la caballería?

—¡Que se joda la caballería! —Dunnett mostró ante aquel miembro de la infantería un rápido desprecio por el arma montada—. Voy a esperar cinco minutos más. No se puede tardar tanto en apartar del camino unos dichosos cañones. ¿Ve algo, intendente? —La pregunta también fue hecha con sorna.

—No, señor. —El teniente se quitó el chacó y se pasó la mano por el largo cabello negro que los días de campaña habían vuelto grasiento. Su casaca colgaba abierta y no llevaba pañuelo ni guantes. O no podía permitírseles o bien alardeaba de ser tan duro que no necesitaba esas comodidades. Aquella arrogancia hizo que Dunnett deseara que el nuevo teniente, que tan ansioso estaba por combatir, cayera víctima de los jinetes enemigos.

Pero no había jinetes enemigos a la vista. Quizá la lluvia, el viento y el maldito frío habían obligado a los franceses a guarecerse en el último pueblo. O quizá las mujeres borrachas habían resultado un aliciente demasiado irre-

sistible. Fuera cual fuese el motivo, no había franceses a la vista, sólo aguanieve y unas nubes bajas agitadas por el viento que arreciaba.

El comandante Dunnnett soltó una maldición con nerviosismo. Las cuatro compañías parecían estar solas en un desierto de lluvia y hielo, cuatro compañías de soldados olvidados en una guerra perdida, y Dunnnett decidió que no podía esperar más.

—Nos vamos.

Se oyeron unos silbidos. Las dos compañías de flanco se dieron la vuelta y enfilaron el camino arrastrando los pies, como muertos vivientes. Las dos compañías del centro permanecieron en el puente a las órdenes del capitán Murray. Pasados unos cinco minutos, cuando las compañías de flanco se detuvieron para proporcionar cobertura, le tocaría el turno de retirarse a Murray.

A los fusileros les caía bien el capitán John Murray. Decían de él que era un verdadero caballero y que haría falta ser un cabrón muy despabilado para engañarlo; pero, si eras honesto con él, el capitán te trataba justamente. Murray poseía un rostro delgado de expresión divertida, era un hombre de sonrisa fácil y propenso a bromear. Gracias a oficiales como él aquellos fusileros podían seguir echándose las armas al hombro y marchar con el mismo ímpetu que habían aprendido en la plaza de armas de Shorncliffe.

—¡Señor! —Era el intendente, que todavía estaba en el puente y que llamó la atención de Murray hacia el este, donde una figura se movía bajo la aguanieve—. Es uno de los nuestros —añadió al cabo de un momento.

Aquella figura solitaria que avanzaba tambaleándose y zigzagueando era un casaca roja. No llevaba mosque-

te, chacó ni botas. Sus pies descalzos dejaban manchas de sangre en el lecho de sílex de la carretera.

—Así aprenderá —comentó el capitán Murray—. ¿Se dan cuenta, muchachos, de los peligros de la bebida?

No era un buen chiste, simplemente era la imitación de un predicador que una vez había sermoneado al batallón contra el mal de las bebidas alcohólicas, pero hizo sonreír a los fusileros. Quizá tuvieran los labios agrietados y ensangrentados a causa del frío, pero una sonrisa siempre era mejor que la desesperación.

El casaca roja, uno de los borrachos abandonados en el último pueblo, parecía agitar una mano floja en dirección a la retaguardia. El instinto lo había despertado, lo había conducido hasta la carretera y la había seguido hacia el oeste, hacia la seguridad. Pasó dando tumbos junto al cadáver esquelético y helado de un caballo y entonces intentó correr.

—¡Atención, caballería! —gritó el nuevo teniente.

—¡Fusileros! —exclamó el capitán Murray—. ¡Apunten armas!

Se arrancaron los trapos que envolvían las llaves de los rifles. Las manos de los soldados, aunque entumecidas por el frío, se movieron con rapidez. Bajo la niebla blanca de la aguanieve y el hielo, había otras formas. Jinetes.

Esas formas constituían una aparición grotesca bajo la lluvia gris. Eran formas oscuras. Vainas, capotes, penachos y fundas de carabina trazaban el contorno irregular de la caballería francesa. Dragones.

—¡Tranquilos, muchachos, tranquilos! —dijo el capitán Murray con voz calmada. El nuevo teniente se había dirigido al flanco izquierdo de la compañía, donde su mula estaba maneada.